

DEL CERRO CALDERÓN, Gonzalo, *La mitología grecolatina en la ciudad de Málaga*, Ayuntamiento de Málaga, Área de Cultura, 2004, 432 págs.

Buena prueba del interés que suscita la mitología clásica es la copiosa bibliografía atesorada por dioses y héroes. Según un estudio de Antonio Ramón Navarrete recogido en *Tempus* (nº 31, 2002, págs. 5-120), el cómputo de libros publicados en España sobre mitología —sin incluir obras de otras disciplinas relacionadas: religión, ensayos y trabajos de investigación, literatura, arte, historia, etc.— desde el siglo XVI, en que aparece nuestro primer manual *Filosofía secreta* (1585) de Pérez de Moya, hasta nuestros días, permite contabilizar 351 títulos. Un interés que se percibe creciente al constatarse que apenas se cuentan una decena de libros desde el XVI hasta la entrada del XIX, 62 durante el XIX y 287 en el XX. Estos datos son especialmente relevantes si se atiende a la sorprendente acumulación de obras aparecidas desde los 90, que por sí solas ascienden casi a la mitad del total editado. Ante tal avalancha, como apunta Navarrete, “no es tarea fácil” recomendar un libro de mitología. No comportará, sin embargo, ningún esfuerzo registrar éste del Prof. Gonzalo del Cerro entre los que son merecedores de un distinguido aprecio. Podría objetarse sobre la oportunidad de ofrecer otra colección mitológica más, conocida la multitud existente, pero volver sobre estas narraciones halla justificación cuando, como en esta obra, se consigue presentarlas adornadas de su arrebatador atractivo. Este libro, construido con selectos materiales y dirigido a un amplio público, supone una peculiar propuesta de acercarse a los antiguos mitos, encantadores relatos siempre dispuestos a rejuvenecer en cada narrador y a cautivar un nuevo auditorio. Podría argüirse en favor de este género de publicaciones con un proverbio del que solía echar mano Sócrates: “dos y tres veces lo hermoso”.

Enmarcado en un proyecto del Área de Cultura del Ayuntamiento de Málaga la obra se abre con las palabras del alcalde, Francisco de la Torre Prados, que sirven de presentación (págs. 7-8) al autor, “prestigioso filólogo, profesor de la Universidad de Málaga”, y su libro, que “toma algunas obras de arte y toda la toponimia urbana malagueña como punto de partida para introducimos con sabiduría, rigor y amenidad en algunos de los más brillantes capítulos de la mitología clásica, y profundizar así en ese acercamiento a nuestras raíces culturales”.

Aunque la obra es ante todo una “mitología grecolatina” en sentido mitográfico, es decir, una colección de relatos míticos, Gonzalo del Cerro no desatiende la segunda acepción que la misma voz podría denotar, el análisis e interpretación de su significado. Sobre ello trata la breve pero sugerente

introducción (págs. 11-17) que precede al *corpus mythologicum* propiamente dicho, donde se pretende situar al lector ante la plurisemia que ha hecho del mito clásico tan apasionante objeto de estudio. A vuela pluma y apoyándose en las citas de destacados investigadores (Guthrie, Cassirer, Kirk, etc.), el autor pone de relieve que más allá de representar un mero esparcimiento de la fantasía, el mito cumplió en la Antigüedad gran diversidad de funciones. Innegable, por evidente, es su dimensión religiosa, operando, a veces, como instigador o esclarecedor del rito; en otras ocasiones ha sido considerado guía de sabiduría práctica, peculiar forma de explicación histórica, preámbulo del discurrir filosófico, expresión de la psicología colectiva, etc. La sospecha de que los mitos escondían una lección o información que trascendía la ingenuidad de su trama, recuerda asimismo Del Cerro, es tan antigua como el mito, lo que le da pie para remitimos a otro gran concepto helénico, el *logos*. La razón, opuesta al mito (salvando las matizaciones y reservas a que predispone tal afirmación), se ofrecía a revelar su oculto significado: Evemero trocó los dioses por hombres divinizados a causa de sus benéficos inventos o aportaciones, Heródoto vio en los mitos hechos históricos disfrazados de metáforas, los sabios estoicos y epicúreos los considerarán alegorías morales... La complejidad de las teorías interpretativas puede llegar a ser tan enojosa como los distintos tratamientos o variantes de un concreto relato mitológico, o tan desconcertante como la apropiada definición de mito, de ahí que evitando atosigar al lector, el Prof. Del Cerro haya optado por realizar en esta introducción una concisa revisión panorámica.

Al propio tiempo, los apuntes recogidos en las primeras páginas evidencian que frente al estudio científico, el mito, como la Esfinge, se resiste a desvelar su enigma. Para hacer frente a ello y atendiendo a la etimología de la palabra "mito", que no es otro sino el de "relato" o "narración", el autor acierta a considerar la deleitosa exposición de los mismos, el motivo fundamental de su libro, pues como bien observaba Pierre Grimal "los sistemas (de estudio) envejecen y sólo los datos de los textos son inmutables", mientras las interpretaciones pasan de moda, se superan, las historias míticas permanecen. Por otra parte, advierte Del Cerro, "los expertos en Mitología suelen reconocer que los mitos son productos de los poetas más que de los filósofos. Igualmente opinan que en los mitos tiene más influencia la imaginación que el raciocinio" (pág. 13) Desde esta perspectiva, no resulta decisivo para apreciar los mitos revelar el grado de verdad que tras su ficción esconden, o la función que desempeñan, sino que parece más fructífero atender a su misteriosa belleza, a su atrayente fantasía. Las narraciones míticas se nos han transmitido y deben mostrársenos, ante todo, como un objeto artístico, un bello motivo literario, por ello no resulta casual que, entre la documentación a la

que el autor ha recurrido para tratarlas, destaquen los más selectos poetas de la *Antigüedad: Homero y Hesíodo, del lado heleno, Virgilio, Ovidio y Horacio, del latino.*

Las páginas introductorias se encargan también de resaltar otras dos notas muy distintivas de los mitos grecolatinos. En relación con su carácter religioso, la extraordinaria libertad en que se desenvuelven, desbordante como la imaginación que los ha creado, y en virtud de la que no admiten ni libros sagrados que los monopolicen, ni dogmas que los determinen, ni autoridad religiosa que unívocamente los interprete. El antropomorfismo es un segundo rasgo determinante: los dioses aparecen en cierto modo despojados de sentido trascendente, mientras que los héroes, humanos deificados, permiten elevar de alguna forma al hombre hasta la grandiosidad divina. Logran así los mitos mantenerse en el ámbito de nuestros intereses, porque se relacionan, en palabras del autor, “con aspectos esenciales de la existencia humana: nuestro origen, nuestro destino, (...) nuestra conducta, nuestras relaciones con la sociedad y con la familia, el amor, la solidaridad, la autoridad, la disciplina, y un etcétera tan largo y variado como la vida misma y la experiencia” (pág. 16).

Atendiendo a los factores hasta aquí reseñados, se está más cerca de entender la extraordinaria afición de los griegos por sus mitos, que pasaron a constituirse en referente de toda su existencia, porque, como afirma el autor citando a Nestle, “esa forma de concretar el pensamiento mediante mitos la llevan en la sangre” (pág. 14). Dicha inclinación encontró seguimiento entre los romanos, que percibieron aquellas extraordinarias ficciones como la más sublime expresión del espíritu helénico, su más brillante aportación cultural. Ciertamente es que en las recreaciones *mitológicas latinas, más distantes de su procedencia oral*, se advierte algo menos de su original frescura y naturalidad, y algo más de artificio literario. Sería injusto, sin embargo, relegar el alcance de la mitología latina al de mera transmisora de la tradición griega, sin reconocerle el generoso aporte de motivos, asuntos y personajes con los que ha contribuido a enriquecer el legendario universo mitológico. Procurando ser ecuánime, el Prof. Del Cerro ofrece al final de la introducción una tabla de correspondencias entre los nombres griegos y latinos de los distintos dioses y héroes, de los que hará uso, en uno u otro caso, atendiendo al origen de los textos que vayan apareciendo en su obra (pág. 17).

Comenzando por Zeus/Júpiter, como mandan los cánones en razón de su supremacía, se da paso al repertorio mitográfico integrado por 49 capítulos de mediana y equilibrada extensión, oscilando entre los más largos, como precisamente éste primero de Zeus/Júpiter (14 páginas), o el dedicado a Hermes/Mercurio (13 páginas), y otros más cortos, Eolo, Jano, Ganimedes (5

páginas). Sin encontrarse sometidos a rigurosa clasificación, los capítulos van alternando en el orden de presentación distintas categorías míticas: dioses olímpicos (Poseidón/Neptuno, Ártemis/Diana), divinidades secundarias (Eolo, Nereo y las Nereidas), divinidades alegóricas (Tyque/Fortuna), heroínas (Leda, Andrómeda, Antígona), héroes (Heracles/Hércules, Teseo, Belerofonte), seres fantásticos (ninfas, sátiros), expediciones (Los Argonautas) o lugares míticos (La Atlántida). Tampoco presentan los capítulos una estructura interna definida, sino que cada uno queda subdividido en varios epígrafes, a fin de facilitar la agrupación temática y el orden argumentativo del asunto mítico tratado, como, por ejemplo, en el cap. VII, titulado “Afrodita, la diosa del amor”, donde aparecen los siguientes encabezamientos: “Trascendencia de Afrodita”, “El nacimiento de Afrodita”, “Distintas denominaciones de la diosa” y “Los amantes de Afrodita”. Estos aspectos formales ponen el libro a salvo de presentarse como una fría sistematización.

Los monumentos y estatuas que embellecen las plazas y jardines de Málaga, las pinturas, grabados y mosaicos que se reparten por esta ciudad-museo mediterránea, junto al nombre de sus calles y librerías, son motivos que aludiendo a los mitos clásicos, dan pie a la presentación y desarrollo de cada capítulo. De cuando en cuando, como desde una ventana, algunas de estas obras de arte malagueñas se asoman al libro (14 ilustraciones en blanco y negro) dejando constancia de la pervivencia del mito en nuestra cultura. El autor, declarando su afán pedagógico, además las aprecia, porque ve en ellas un útil recurso del que valerse como libro abierto “para ayudar a leer a los que pasan por la plaza o se sientan a tomar el fresco o el refresco” (pág. 115) y describir los atributos externos, las señas de identidad que definen la representación iconográfica del personaje mitológico, lo que, a su vez, le permite ahondar en su trascendencia y carácter. Trata así de divulgar los mitos entre personas cultas, pero no necesariamente especializadas.

Apyándose en la experiencia de su labor educativa y sabedor del irresistible encanto que los relatos míticos encierran, Del Cerro los presenta, como un aedo o rapsoda, de manera amena y divertida, comunicando y contagiando pasión. Da la impresión de haber tenido bien presente para su obra aquella elegante recomendación con la que el poeta Jean Richepin invitaba a adentrarse por el jardín mitológico: “debe uno entrar allí, y hacer que entren las gentes, con la sonrisa en los labios, y con andar ligero, casi alado, con paso rítmico parecido a una danza”. Sirviéndose de una excelente documentación y selecta colección de textos, con su redacción correcta y clara, ha conseguido lo que todo autor pretende, agrandar a sus lectores proporcionándoles un apacible entretenimiento.

De agradecer es que siempre haya recurrido a fuentes de primera mano, detallando su precedencia, y haya brindado logradas traducciones en estilo directo que confieren al fragmento la plena hermosura y fuerza del texto original. El estilo de su obra podría definirse como el de una sencilla y sugestiva prosa poética. En ocasiones, convidando al lector a recrearse, ha introducido íntegramente dilatados pasajes que destacan por su belleza literaria, algunos de los cuales vale ahora la pena recordar, como la seductora escena del rapto de Europa por Júpiter (Ovid., *Metam.*, II, 858-875, pág. 42), la honda melancolía que provoca la muerte del divino cantor Orfeo (Ovid., *Metam.*, XI, 44-48, p.186), la invocación a las Gracias para agradecerles cuanto de agradable existe (Píndaro, *Ol.* XIV, 1-17, pág. 195), o el que describe la acicalada fisonomía de Flora (Ovid., *Fast.*, V, 183-222, pág. 404).

Indudablemente que el objeto mismo de la obra ha venido en auxilio del autor para haber hecho de ella un bello libro, ¿acaso no basta para rendir al lector la celebrada frondosidad del jardín mitológico, del que podría recolectarse el más completo y variopinto florilegio de géneros y argumentos literarios? Allí concurren los románticos amores de Adonis y Afrodita, la tragicómica historia del bestial Polifemo y la bella Galatea, la fantasía de sirenas, ninfas y centauros, la terrorífica visita de Eneas al reino de las sombras, el dramatismo de Antígona, las aventuras de los Argonautas, la pagana teología de dioses y semidioses, el belicismo de las Amazonas, el sensual lirismo de las Gracias y Pomona, la épica heroicidad de Aquiles, Heracles y Teseo, el arcano misterio de La Atlántida... Maravillosas historias que desarrolla este libro en capítulos y que, por referencia cruzada, entretejidas como en prodigiosa tela de araña, remiten a otras, como las del desdeñado amor de Ifis a Anaxárete, la del osado Támiris cegado por desafiar a las Musas, o la siempre inexcusable mención al trágico Edipo. Algunos de estos capítulos versan sobre tradición mítica genuinamente latina, como “Jano, el dios de las dos caras”, “Ascanio, el hijo de Eneas”, “Rómulo y Remo”, etc.

Mérito del autor es haber atinado a narrarlas en un estilo que las reviste de gracia y les aporta aires de actualidad. Unos ejemplos podrían ilustrarlo. Tras referirse al desafío musical del sátiro Marsias frente a Apolo y describir el terrible castigo que le impone por tal osadía, el de desollarlo vivo, el autor haciendo uso de fina ironía concluye: “Un prodigio de ternura, el dios artista” (pág. 286). Tampoco le falta humor cuando, para describir la cruel brutalidad de Polifemo, apunta: “se merendaba a un par de compañeros de Odiseo (Ulises) como quien bebe un vaso de agua” (pág. 291). Otras veces *Del Cerro se ayuda del lenguaje popular sin importarle aplicar a los propios dioses apelativos tan expresivos y simpáticos como el de “ligona” a Afrodita/Venus, o reservarle el de “granuja” o*

“niño espabilado” al astuto Hermes/Mercurio. Del temible Ares/Marte, comenta con ironía, “un angelito como para topar con él en un callejón oscuro”, a las Amazonas las imagina como “mujeres de armas tomar” (pág. 378) y se figura que “la crisis de las vacas locas y de la peste porcina eran poco menos que tortas y pan pintado” (pág. 57), comparados con los drásticos acontecimientos cósmicos que organizó Deméter/Ceres en protesta por el rapto de su hija Perséfone/Proserpina.

Otro de sus aciertos ha consistido en conjugar bien el estilo literario con el divulgativo, Del Cerro enseña deleitando. Con talante pedagógico ha diluido el grisáceo tono de la teoría entre las polícromas narraciones, en medio de las que da entrada a digresiones que especulan sobre su función y significado, sin restar coherencia y agilidad al tejido de la historia mítica. Junto al aspecto lúdico de los relatos y a lo largo del libro, se introducen numerosas reflexiones e interpretaciones de interés en torno al mito. Se repara así en apreciaciones tales como la estrecha cercanía que une al mito y la poesía, o la similar concomitancia entre mito e historia, observable, por ejemplo, en el rapto de Europa por Zeus, trasunto del auténtico “casus belli” que da origen a las Guerras Médicas, al decir de Heródoto (pág. 41); o en el caso del versátil Proteo, aquel dios del mar que tenía la facultad de transformarse a su antojo y conveniencia, y que siguiendo al propio Heródoto, Eurípides o Ps.-Apolodoro, habría que identificar con un faraón egipcio (págs. 149-150). Asimismo el autor aborda la relación de las divinidades con aspectos culturales, o se detiene a considerar la gran diversidad de jerarquías divinas admitidas por el politeísmo, sistema religioso abierto a las más dispares creencias e influencias. Existen referencias a las vinculaciones del mito con las artes, ya sea remontándose al arte antiguo, o tomando en consideración sus posteriores ecos y derivaciones. En el terreno de la teoría mítica no faltan ejemplos de tendencias interpretativas como el alegorismo físico, o el ético-moral, la función sociológica del mito, etc.

El carácter eminentemente didáctico de la obra, no ha impedido que el autor renuncie a enriquecerla con aportes eruditos. No faltan en ella notas de interés filológico y lexicológico. En este sentido es importante el énfasis puesto en señalar los epítetos —aparte de su función estilística o métrica en la dicción formular— como factor determinante para conocer las personalidades mitológicas, hasta el punto de que, a veces, permiten definir perfectamente la caracterización psicológica de los personajes: Zeus es *mégistos* (el más grande), *áristos* (el más valiente), *kreion* (poderoso); Poseidón es *enosikhthon* (el que conmueve o agita la tierra), *gaieokhos* (que abraza, protege o domina la tierra); *lyaios* (que libra de preocupaciones) es un apelativo de Dionisos; *filommeides*

(risueña), de Afrodita. Interesantes son también sus comentarios sobre etimología en relación con el nombre de los dioses, a menudo basados en el *Cratilo* de Platón. No sólo en nuestro modo de hablar ha dejado huella la mitología, como se observa en algunas expresiones (armarse la de Troya, voces o canto de Sirenas) y palabras (pánico, amazonas), sino hasta en el origen de las costumbres, como es visible en el gesto de alzar a la novia en volandas para introducirla en la cámara nupcial que, como Plutarco nos revela, habría que relacionar con el episodio mítico del "raptó de las sabinas".

Al final de algunos capítulos y a modo de conclusión, dando fe de su inquebrantable creencia en los inmortales, el autor media como suplicante con plegarias que intentan propiciar los mejores augurios y dejan traslucir su cariño hacia la Antigüedad clásica y la ciudad de Málaga. Lo hace con el apoyo de las más venerables composiciones literarias en honor de los dioses, los himnos; como el de Calímaco con que se atrae a Deméter/Ceres para que dispense prosperidad; los homéricos, con que se dirige a Dionisos/Baco pidiéndole alegría y felicidad, o a Ares/Marte para que nos dispense paz; también se vale de los himnos órficos, como en el caso de Nereo; incluso, en alguna ocasión, se aventura a aportarnos una composición meramente personal (Hermes, Hebe, Fortuna). En el terreno de la teología mitológica no podían faltar alusiones de Gonzalo Del Cerro a ese autor que tan bien conoce, Dión de Prusa, y su discurso *Olimpico*, que de magnífico modo retratan la divina majestad de Zeus/Júpiter.

Málaga, Gonzalo del Cerro en su nombre, brinda un homenaje a divinidades y héroes, porque los siente presentes en su benéfico influjo, traducido en las virtudes y carácter de la ciudad, en su cultura en el más amplio sentido. La presencia de Poseidón es palpable en que "El mar no es en Málaga ni una anécdota ni una mera circunstancia. Es el marco de su geografía y de su historia. Por ser su paradisíaca ubicación como es, hasta ella arribaron fenicios y griegos. Y hasta ella y sus aledaños llegó la Mitología con sus relatos y leyendas" (pág. 45). Le ocurre a Málaga como a Proteo, que "no sabía vivir sino entre humedades saladas y perfumes marinos" (pág. 145). Málaga «Marinera»: "Sirenas y tritones, canciones seductoras y música de caracolas, mar azul de azules dioses..." (pág. 270), ¿Dónde se advierte la cercanía de Dionisos/Baco? "Hay muchas cosas que solamente se pueden encontrar en Málaga. Una de ella sus vinos. La vega de Antequera, el valle del Guadalhorce, la Axarquía son emplazamientos en que la vid crece..." (pág. 63). "Más que lógico es que la Málaga «Cantaora» dedique un recuerdo plástico al Cantor" Orfeo (pág. 189). ¿No es evidente allí la huella de la diosa Flora? "La diosa está en Málaga como en su propio reino. Flores y jardines adornan la ciudad y sus alrededores" (pág. 403). Málaga entera constituye el más

maravilloso jardín: “Al alcance de nuestros ojos tenemos la luz de ese clima afortunado. Las azuladas brisas del mar acarician nuestros sueños. Y nuestras manos pueden obtener sin esfuerzo las manzanas de oro de las Hespérides” (pág. 366).

La obra concluye con un “Glosario de autores citados y obras usadas” (págs. 423-426), donde se recoge una relación bibliográfica que ofrece a los iniciados la posibilidad de seguir profundizando en los apasionantes misterios de la mitología. Se advierte en ella el mayor peso de las fuentes griegas frente a las latinas, y acompañando a la preponderante voz de los poetas, la de los más célebres filósofos (Aristóteles, Platón), historiadores (Diodoro Sículo, Jenofonte, Pausanias, Plinio, Tácito, Tito Livio, Tucídides) geógrafos (Estrabón, Heródoto), polígrafos (Ateneo, Plutarco), oradores, gramáticos, sofistas, apologetas... Como en toda antología, el hecho de optar por determinadas fuentes, ha supuesto inevitablemente tener que dejar al margen otras. Así, se echan de menos algunas de no escaso interés mitográfico, como Antonino Liberal, Partenio, Séneca, Lucano, Terencio, Salustio, Aulo Gelio, Lucrecio, Servio, etc., incluso no se ha dado entrada a algún autor, que sí que aparece en el libro, como es el caso de Cicerón. Por último aparece el “Índice general” (págs. 427-428).

A las inevitables y comprensibles ausencias arriba mencionadas, nunca debería haberse añadido la de un índice sistemático de autores y pasajes citados, indicando la precisa localización topográfica de las fuentes primarias. Quizá hubiera sido también oportuno presentar otro de palabras que recogiera los nombres propios y términos mitológicos fundamentales. La incorporación de tales índices, indudablemente habría dispensado al libro una mayor utilidad, bordando y coronando una obra que, aunque de vocación lúdica y divulgativa, por la sobrada calidad y enjundiosa información que atesora, no debiera renunciar a ofrecerse como valioso instrumento para los estudiosos.

A tal efecto, el de ver incluidos estos índices en una deseable y pronta reedición, se hace indispensable la minuciosa revisión de las referencias documentales, ahora insertas junto a los fragmentos o alusiones conforme se les va dando entrada, pues no escasean las erratas, bien sea por indicarse incorrectamente el número del verso, libro o parágrafo, “Virg., *Eneida*, V, 225” por “Virg. *Eneida* V, 255” (pág. 20, lín. 3-4); “Eur., *Helena*, 455-459” por “Eur., *Helena*, 255-259” (pág. 35, lín. 9); “Hom., *Odis.*, XI, 228” por “Hom., *Odis.*, XI, 301” (pág. 35, lín. 14); “Plutarco, *Teseo*, 33” por “Plutarco, *Teseo*, 36” (pág. 49, lín. 17); “Tucídides, *Historias*, I 18” por “Tucídides, *Historias*, I 128” (pág. 49, lín. 26); “Hom., *Il.*, V 440-445” por “Hom., *Il.*, IV 440-445” (pág. 84, lín. 3); bien por aparecer incompletas, como ocurre con “Homero, *Iliada*, 187-192” por

“Homero, *Iliada*, XV, 187-192” (pág. 23, lín.19); “Ovidio, *Metam.*, 642” por “Ovidio, *Metam.*, V, 642” (pág. 59, lín. 8-9); “Nonno, *Dion.*, 189-191” por “Nonno, *Dion.*, XIX, 189-191” (pág. 227, lín. 5); o por indicar tan sólo al autor, Nonno, sin aportar el lugar de procedencia: “*Dion.*, XI, 143-146” (pág. 387, lín. 9-11). A veces el nombre de la obra está equivocado, “Horacio, *Odas*, II 1, 42-43” por “Horacio, *Sátiras*, II 1, 42-43” (pág. 27, lín. 9); “Baquilides, *Epinic.*, XVIII, 22”, por “Baquilides, *Ditirampos*, XVIII, 22” (pág. 49, lín. 8-9). Incluso en alguna ocasión, autor y obra están mal registrados, como ocurre en la p. 68, lín. 14, donde tras aludir a varios pasajes del libro II de las *Odas* de Horacio, se anota “*Ibid.* 178-186”, que, sin duda, debe aludir a *Bacantes* de Eurípides.

También se observa algún descuido, como el de haber reproducido por tres veces prácticamente consecutivas un mismo fragmento, en concreto entre las págs. 222-223, la primera vez con la referencia recogida en “n. 105” de forma errónea “*Odisea* IV, 363-368”, si bien rectificada en la página siguiente con su repetición, a la que se añade la traducción de tres nuevos versos: “*Odisea* IV, 561-569”. El texto de Estrabón (*Geogr.*, I, 1, 4) que se ofrece entre los dos anteriores es en gran parte una reproducción literal del pasaje homérico.

Aunque en términos generales la presentación tipográfica del libro es pulcra, hecho más loable habida cuenta de su considerable extensión, se detectan algunas erratas que señalamos a continuación: “hermanos” por “hermano” (pág. 194, n. 95); “esta” por “está” (pág. 207, lín. 15); “bondad del los” por “bondad de los” (pág. 222, lín. 15); “conde” por “donde” (pág. 223, lín. 4); “la sirenas” por “las sirenas” (pág. 241, lín. 20); “Tito Livo” por “Tito Livio” (pág. 272, lín. 3); “en cinta” por “encinta” (pág. 283, lín. 15-16); “niveo” por “níveo” (pág. 283, lín. 26); y “provenir” por “porvenir” (pág. 371, últ. lín.).

Al margen de estas minucias, hemos de dar la bienvenida a una obra que de forma afortunada cumple con el objetivo de ilustrar sobre los valores del mito grecolatino, como depositario que es de enigmática sabiduría, conformador de nuestra mentalidad y cosmovisión, lenguaje y costumbres, clave interpretativa del arte y nutriente del espíritu humanista. En definitiva, en el propósito de presentar al mito como elemento básico de cultura, sobre la que se ha proyectado de forma ininterrumpida y en los más diversos ámbitos, y a la que también sigue sirviendo hoy como fuente inagotable de reflexión, musa de inspiración y recreo para la fantasía. Esta obra, en fin, tiene el doble valor de ofrecerse como excelente colección de mitología expuesta de manera amena y didáctica, invitando a un amplio público a entrar en el maravilloso mundo mitológico, al tiempo de constituir un estudio acerca de los asuntos míticos tratados.

Hemos de felicitar al autor por el estupendo obsequio que ha hecho a Málaga con su libro, feliz iniciativa de la que ciudad y mitología, fundidas en perfecta simbiosis, han resultado mutuamente beneficiadas. Los ecos de nombres legendarios, la monumental presencia de los fabulosos personajes míticos en la capital andaluza, le han permitido lucir su ilustre pasado de civilización mediterránea. También hemos de felicitar al Ayuntamiento de Málaga por haber patrocinado cultura a lo grande, cultura olímpica. En compromiso con la difusión de la cultura heredada, asumiendo la misión de los antiguos puertos donde los marinos relataban de propia boca aquellas hermosas e intrigantes historias, Málaga ha contribuido a satisfacer la aspiración con la que esos mitos nacieron, la de permanecer en la memoria colectiva.

Este libro atestigua que el recuerdo de los mitos sigue vivo en Málaga, donde inmortales y héroes pueden abordarnos a la vuelta de la esquina, hecho que podría ser válido para cualquier ciudad de nuestra geografía. La imagen de Hércules se proyecta en el escudo de esta tierra paradisiaca, que ayer fue los Campos Eliseos, las Hespérides, y hoy es Andalucía. Quizá en Málaga la Bella se haya materializado una perla desprendida del collar de Afrodita, ¿no nació la diosa en las mismas aguas que la bañan?, ¿no reconocemos a la “risueña” “en la innumerable sonrisa de las olas del mar?” Una antigua metrópoli que desde sus bellos jardines del Retiro transportándonos al Parnaso, o su elevada acrópolis-alcazaba acercándonos al Olimpo, nos convida a recordar aquellas palabras que Calímaco dirigía a Zeus, para aplicárselas ahora al mito y la inmortal fascinación que nos provoca: “tú no has muerto, porque existes para siempre”. [ENRIQUE BENÍTEZ RODRÍGUEZ]

FERNÁNDEZ DE INSUELA, A., ALFONSO GARCÍA, M^a del C., CRESPO IGLESIAS, M^a, MARTÍNEZ CACHERO, M^a y RAMOS CORRADA, M. (eds.), *Actas del “Homenaje a Alejandro Casona (1903-1965). Congreso Internacional en el Centenario de su Nacimiento*, Oviedo, Fundación Universidad de Oviedo, Ediciones Nobel, 2004, 627 págs.

A zaga de la huella –ya indeleble– fijada por los ensayos de José Rodríguez Richart, y pienso en su reciente libro *Un asturiano universal. Estudios sobre la vida y la obra de Alejandro Casona*, Oviedo, Hércules Astur de Ediciones, 2003, la Universidad de Oviedo se propuso conmemorar, desde un punto de pista plural, el nacimiento del dramaturgo asturiano. Fruto de aquella iniciativa son estas *Actas*, cuyos sólidos pilares conciernen a materias tan poliédricas como su